

litúrgicos. El volumen XXV contiene los Sermones 273-338 sobre los mártires. Aún no ha llegado a la redacción de *Scripta Theologica* el volumen XXVI, que agrupa los Sermones 339-396 sobre temas diversos más un Índice general de los Sermones.

La nueva edición supone una notable mejora con respecto a la primera, entre otras causas porque no se limita a una selección de homilias, sino que pretende editarlas todas. Además, incluye una serie de observaciones que elevan su calidad: al comienzo de cada volumen se mencionan las fuentes de los textos latinos, así como una numeración de los Sermones descubiertos después de la edición de los maurinos; al comienzo de cada Sermón se indica no sólo la edición de que ha sido tomado el texto original, sino también el tema de que trata y la fecha y lugar de composición; al final de cada volumen, las notas de Pío de Luis ayudan, junto con las notas a pie de página, a clarificar el pensamiento agustiniano de acuerdo con la más reciente bibliografía.

Los traductores son los prestigiosos agustinistas Amador del Fueyo, Lope Cilleruelo, Moisés M^a Campelo, Carlos Morán y Pío de Luis. Miguel Fuertes ha revisado algunas traducciones. La traducción castellana es correcta y se lee con fluidez. En la medida de lo posible, se ha intentado respetar el estilo agustiniano en la expresión castellana. «¡Poco te duró el gozo! (La cruz) era tu ratonera: lo que motivó tu regocijo, eso mismo fue tu armadijo», traducción del siguiente pasaje: «Muscipula tua erat: unde laetatus es, inde captus es» (*Sermo CXXXIV*, 6).

Sólo nos resta felicitar a los traductores y a la BAC por este importante servicio que prestan a los patrólogos y a todos los estudiosos de la Antigüedad, que encontrarán en las presentes obras una gran ayuda para un mejor conocimiento de S. Agustín, y les animamos a que continúen trabajando en la edición de las obras completas de este gran padre de la Iglesia.

Alberto VICIANO

Jacques PERRET, *Ressucité? Approche historique*, Paris, FAC Editions, 1984, 97 p., 14 x 21.

Se aprecia en la literatura cristológica de los últimos años un creciente interés por el estudio de la Resurrección de Cristo. Y es que este evento de la vida del Salvador es la clave fundante de la vida del creyente. Ya lo expresó San Pablo en aquella sentencia lapidaria: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe» (I Cor. 15, 14).

El Prof. Perret estudia el problema desde su punto de vista profesional, el de historiador. No intenta hacer una investigación teológica, sino que desea acercarse a los textos sagrados bajo una perspectiva meramente histórica, sin que ningún *a priori* le haga partir desde una posición preconcebida. Simplemente aplica las técnicas de la investigación histórica a los relatos que se conservan de ese hecho. Así afir-

mará que «el historiador tiene algo que decir de la resurrección de Jesús. Pero deberá, sin duda, poner una condición, y es que no se le pida que encarrile su búsqueda con la finalidad de pronunciar un juicio sobre la realidad o la naturaleza de esta resurrección» (p. 19). Sobre este planteamiento de Jacques Perret, que haría falta matizar, volveré al término de esta recensión.

Este breve trabajo comprende una introducción donde se muestran los objetivos propuestos, el método utilizado y el itinerario de la investigación que utiliza. A continuación los tres capítulos de que consta la obra.

El primero titulado *De los textos a las expresiones iniciales* comprende dos partes claramente diferenciadas:

A. «Del Nuevo Testamento a los testimonios más antiguos» (p. 25-36), en donde distingue tres estadios en su investigación: 1) la afirmación de que Jesús ha resucitado. Esta sentencia no es una consecuencia de las especulaciones teológicas que consiguen suscitar la fe en la resurrección, sino todo lo contrario, es «la afirmación de que el hecho está en el origen de los desarrollos teológicos» (p. 27). Es decir, la resurrección de Cristo se postula como la realidad fontal de la cual parte toda la doctrina teológica. 2) Los relatos de las apariciones que, por la formulación en que han sido transmitidos, no son menos antiguos que el mismo dato que aseveran: así, por ejemplo, «se notará que los nombres citados por Pablo en el mismo pasaje (I Cor. 15, 1-8) son de personas, Simón, Santiago, los Doce, que Jesús a lo largo de su ministerio había agrupado a su alrededor: las apariciones parecen haberles concernido en conjunto: índice de que este tipo de relatos ha debido comenzar a circular desde las primeras semanas consecutivas a la muerte de Jesús» (p. 29). La misma diversidad de los relatos de las apariciones en los evangelios, que impide una cronología unitaria es también otro índice de la antigüedad y verosimilitud de lo narrado. 3) Los relatos de las apariciones de Cristo después de muerto conducen de inmediato a constatar el hecho de la tumba vacía. Esta narración tiene también una antigüedad que se acerca a los primeros días. Efectivamente, no puede haber resurrección si el cadáver de Jesús permanece en la tumba, pero igualmente, del hecho de que no esté, tampoco se sigue el que haya resucitado. De facto el anuncio de la tumba vacía a los discípulos los turba; sólo las apariciones atestiguan su resurrección. Por ello S. Pablo hablará de las apariciones, pero nada dice de la tumba vacía.

B. «De los testimonios más antiguos a las experiencias de los primeros días» (p. 37-52). Rechaza con objetividad y claridad la tesis de que la seguridad de la resurrección que tienen los Apóstoles a los pocos días de la Pasión de Jesús proceda de una cierta sugestión, producto de profecías antiguas, o de una vivencia muy intensa de los recuerdos, o de una experiencia actual de su presencia. Igualmente esta firmeza en los discípulos tampoco se origina debido a las ideas que flotaban en aquel ambiente judío. El A. llega, en buena lógica, a la conclusión de que algo inesperado ha sucedido; «inesperado, pero

sin duda concreto, sensible, para fundar la seguridad de este hecho que es dado como un suceso concreto, objetivo» (p. 44). Este «algo inesperado» que da la certeza de la resurrección de Jesús son las apariciones.

Respecto a las apariciones el A. rebate la tesis de que procedan de la literatura apocalíptica contemporánea a Cristo. Su refutación se basa en algo tan apodíctico como la radical diferencia tanto del estilo narrativo, como de las situaciones vividas por los protagonistas. Igualmente rechaza la suposición de que sean unas ilusiones alucinadoras. Perret afirma que «es preciso que, para conmovir y convencer a sus testigos como lo ha hecho, las apariciones de Jesús hayan tenido un carácter excepcional de densidad, de realidad, que nos es muy difícil definir» (p. 47). Las palabras utilizadas no pueden explicar con propiedad todo lo que acontece en realidad, pero, al menos, intentan expresar lo más esencial: es con su cuerpo, con su mismo cuerpo, como Jesús estaba presente. Y concluirá el A. «una evidencia tan franca parece responder a una evidencia inmediata» (p. 49).

Los relatos referentes a la tumba vacía, solamente intentan mostrar el hecho totalmente constatable: que la tumba estaba vacía. Algo que, actualmente, incomoda profundamente a ciertas personas. Con una fina ironía Perret refuta a aquellos que desean «disculpar la narración de su evidente realismo» (p. 50) y proponen que la tumba vacía debe entenderse como un midrash.

El capítulo segundo lo denomina *¿Un suceso original?*. El A. pretende profundizar en su investigación pues «los textos hacen razonable el esfuerzo del historiador para indagar, si no puede asir un suceso único, susceptible de ser aprehendido al nivel mismo en que sus métodos le han permitido aprehender la realidad de la tumba vacía, la realidad de las apariciones y la seguridad encontrada en los discípulos» (p. 56). No duda que hay dificultades en la investigación por la insuficiencia de los procedimientos comunes, ya que el suceso en el que se intenta profundizar es único y distinto a todos los demás. Por ello Perret comprende que, debido «a estas dificultades, se entiende que más de un historiador haya renunciado» (p. 60). Rechaza las tesis racionalistas que, partiendo de un *a priori*, tienden a descalificar lo narrado en los Evangelios porque «han sido escritos por creyentes y no son pues, creíbles» (p. 61). En concreto, descarta la mediocre verosimilitud — mantenida por algunos — de la hipótesis de la sustitución. El A. dice que lo sucedido después de la muerte de Cristo es un suceso fuera de lo común, pero real. Incluso legítima y ve la conveniencia metodológica de esta hipótesis aplicada a este caso. Después de comparar con otros argumentos propuestos, afirma rotundamente que «la hipótesis de una resurrección, tal como acabamos de diseñar, no sería necesariamente la perdedora» (p. 76); y concluye que «cuando se rehúsa creer en la resurrección de Jesús, no es por motivos históricos» (p. 76).

El último capítulo se titula *Breves consideraciones sobre los días siguientes*. Si hasta ahora todo el estudio precedente se basa en los textos del Nuevo Testamento que narran los eventos seguidos a la muerte de Jesús, ahora el A. dirige su mirada a la trascendencia histó-

rica de estos sucesos, pues «en una cierta medida, proyectará alguna luz sobre el suceso mismo» (p. 79). Ahora bien, los hechos subsiguientes a la muerte de Jesús y la predicación apostólica —que no puede separarse de la experiencia de la Resurrección— prolongan sus efectos en una religión: el cristianismo. Los cristianos a lo largo de los siglos mantienen una presencia siempre viva de Cristo: «no sólo resucitó, sino que hoy y aparentemente para siempre, ha resucitado, El vive» (p. 79). Pero los cristianos no han adquirido la convicción de que el Señor ha resucitado por una mera experiencia interior, sino que su seguridad procede de hechos totalmente constatables en su relativa materialidad.

Finalmente, la perpetuación del cristianismo es otro dato donde recalca nuestro A. «El cristianismo ha presentado, desde el comienzo, un rasgo singular que debía —eso parece— perturbar sus posibilidades de supervivencia: justamente la persona de Cristo» (p. 87), porque Jesús no es para los cristianos lo que el fundador de otras religiones —Buda, Moisés, Mahoma, etc.—, un profeta que se oculta detrás de un mensaje y deja todo el campo a Dios. Cristo, hombre semejante a nosotros, que ha vivido en un lugar y tiempo determinados, es «el punto de contacto decisivo de Dios con su creación» (p. 87), es el Señor. Afirmación continuamente repetida y aceptada por todas las generaciones de creyentes, a pesar de su carácter paradójico: que Dios se encarne, o bien, que un hombre sea al mismo tiempo Dios verdadero. Esa perseverancia fiel y continuada en la afirmación de un hecho fuera de lo común, corrobora que la hipótesis de la resurrección es la más verosímil de todas las posibles.

Queremos felicitar al prof. Perret por este libro claro, diáfano y objetivo que hace las delicias de cualquier lector que acuda a él sin pre-juicios y con deseo de profundizar en los datos mostrados en el Nuevo Testamento. Bien entendido, que la fe no es un pre-juicio, para el historiador de los primeros momentos del cristianismo, sino una fuente importantísima de información. Es más, la fé es, para el historiador de la primitiva Iglesia, una ley necesaria para la investigación; es el objeto formal motivo, como decían los antiguos.

Juan Luis BASTERO

Ulrich HORTS, *Zwischen Konziliarismus und Reformation. Studien zur Ekklesiologie im Dominikanerorden*, Romae, Institutum Historicum FF. Praedicatorum («Dissertationes historicae», fasciculus XXII), 1985, 190 pp. 17 x 24,5.

El Prof. Ulrich Horst, nombrado recientemente Director del Instituto Grabmann, de la Universidad de Munich, tiene una autoridad acreditada en la historia de las doctrinas eclesiológicas. Ha rastreado como pocos la eclesiología elaborada durante los siglos que median